

LA HISTORIA DEL FEMINISMO¹

Joan W. Scott²

RESUMEN

Este artículo rastrea el desarrollo de la historia de las mujeres en los Estados Unidos. Relaciona los principales temas de debate al activismo y las demandas de las historiadoras académicas. Su principal contribución es el enfatizar cómo los temas históricos relevantes a la historia de las mujeres han tenido un impacto decisivo en la disciplina histórica como tal. Por lo tanto relaciona las perspectivas feministas en la historia de las mujeres y establece las conexiones con la historia social, la historia cultural y cómo las nuevas herramientas y perspectivas históricas que la visión feminista de la historia de las mujeres destapó dieron por resultado conceptos claves como los estudios de la intersexualidad, la homosexualidad, el lesbianismo, los estudios poscoloniales, transnacionales y globales, la mayoría de los cuales son actualmente usados ampliamente no solo en historia sino en todas las otras disciplinas de las ciencias sociales. Reitera la contribución básica de la disciplina histórica, la siempre cambiante interpretación histórica y reconoce las múltiples causas del desarrollo histórico. Finalmente traza la agenda para investigaciones históricas con enfoque feminista y avizora los múltiples retos y sorpresas de nuevas preguntas y perspectivas.

¹ Publicado en: María Teresa Fernández Aceves, Carmen Ramos Escandón y Susie S. Porter (coords.). *Orden social e identidad de género: México, siglos XIX y XX*. CIESAS / Universidad de Guadalajara, México, 2006. Resumen y palabras clave CIESAS / Universidad de Guadalajara, México. La versión original en inglés de este capítulo se publicó en *Journal of Women's History*, vol. 16, n° 22004, pp. 10-29. La versión al castellano es de Luisa Gabayet

² School of Social Science, Institute for Advanced Study, Princeton, Nueva Jersey

Palabras clave Historia Feminista, Feminismo Académico Norteamericano, Análisis Histórico, Historia Social, Historia Cultural.

ABSTRACT

This article traces the development of women's history in the US. It links the main issues of debate to the activism and demands of the academic historians. Its main contribution is to emphasize how the historical themes relevant to women's history had a decisive impact on the perspective of the discipline as such. Thus it relates feminist perspectives on women's history and its links and connections with social history, cultural history, and how the new historical perspectives that feminist women's history unveiled gave birth to such key analytical concepts as queer studies, postcolonial, transnational and global, most of which are now widely used both in history as in all of the other social sciences disciplines. It reiterates the basic contribution of the discipline: the ever changing historical interpretation as well recognized the multiple causes of historical development. Finally it traces an agenda for future feminist historical research and envisions the multiple and challenging surprises of new questions and perspectives.

Key words Feminist History, North American Academic Feminism, Historical Analysis, Social History, Cultural History

En 1974 Lois Banner y Mary Hartman publicaron un libro de ensayos que titularon *Clios's Consciousness Raised*³. Estaba constituido por las ponencias presentadas en la Conferencia de Berkshire sobre Historia de Mujeres de 1973 y fue una llamada de atención y un punto de reunión para muchas de nosotras, una afirmación de nuestra intención de hacer de las mujeres objetos apropiados del estudio histórico. Si la musa de la historia había cantado por demasiado tiempo las alabanzas de los hombres (“adornando las incontables hazañas de los antiguos para educar a las generaciones siguientes”), ahora era tiempo de otorgar una gloria similar a las mujeres. La segunda de las nueve hijas de Zeus y Mnemosine (Memoria), Clío, tenía como especialidad la historia (y según algunos recuentos también la poesía épica -una versión de la historia). El desafío que le lanzamos parecía sencillo: hacer que las historias de las mujeres fueran de primordial importancia para la memoria que transmitía a los humanos mortales. Para facilitarle la tarea nosotras pondríamos los materiales que necesitaba: las historias de las vidas y actividades de las mujeres en el pasado.

Por supuesto, ningún desafío a los dioses es sencillo y nuestro esfuerzo podía fácilmente haber sido interpretado como insolente, ya que pretendíamos decir a Clío lo que tenía que transmitir. Las musas han impuesto horribles castigos a aquellos que buscaron interferir o competir con ellas. Cuando los Piérides trataron de ganarles en el canto a las musas, los convirtieron en urracas, patos y otros pájaros que graznan. Cuando las sirenas declararon cantar mejor, las musas las desplumaron y con las plumas se confeccionaron coronas. El juglar Tamiris fue cegado y enviado a Hades por haberse ufano de cantar mejor que las musas. Y, un poco menos cruel, tuvieron la última palabra cuando Prometeo proclamó que fue él, y no ellas, quien creó las letras del alfabeto. Esto pudo haber sido tema de disputa, nos dicen las crónicas, “si las musas no

³ Lois Banner y Mary Hartman, *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women, Sex and Class in Women's History*, Nueva York: Harper and Row, 1974-

hubieran inventado todos los cuentos, incluido el de Prometeo”.⁴

Nuestra meta no era tanto competir con Clío como emularla, aunque siempre hay un elemento de competencia en tal identificación. Como ella, queríamos contar historias edificantes cuyo significado fuera más allá de su contenido literal para revelar una verdad mayor sobre las relaciones humanas, en nuestro caso sobre las relaciones de género y poder. Como ella, queríamos ser reconocidas como la fuente verdadera de esas historias, aunque para nosotras no hubiera un mito clásico que autorizara nuestra petición. Como ella, también queríamos toda la Historia como nuestra especialidad; no solamente estábamos añadiendo a las mujeres a un cuerpo existente de historias, estábamos cambiando la forma en que las historias serían contadas. En nuestra identificación con Clío revelamos el doble aspecto de nuestro proyecto feminista: cambiar fundamentalmente la disciplina al inscribir a las mujeres dentro de la historia y al tomar nuestro legítimo lugar como historiadoras.

Las últimas décadas han visto la realización de ambas metas. Por supuesto, lo que se logró no es perfecto, ni la historia de las mujeres ni las historiadoras son jugadores completamente iguales en la disciplina, y no hemos, de ninguna manera, reescrito todas las historias. De hecho, el desequilibrio geográfico y temporal de nuestros logros -un éxito mucho más grande en la historia moderna euroamericana que en la historia antigua, medieval, moderna temprana y no occidental; mucho más éxito en introducir a las mujeres en la imagen que en el volver a concebir ésta en términos de género- sugiere que hay mucho más que falta por hacer. Empero, las ganancias son innegables. A diferencia de Clío, no podemos castigar a aquéllos que niegan nuestros logros; ni podemos sólo reírnos con la locura de esos hermanos de Prometeo que proclaman ser los verdaderos innovadores, tratándonos de imitadoras o usurpadoras

⁴www.eliki.com/portals/fantasy/circle/cliio.html<http://homepage.mac.com/cparada/GML/muses.html>, ambas consultadas el 13/11/02. Agradezco a Froma Zeitlin estas referencias

(aún nos enojamos). Sin embargo, podemos señalar un importante corpus de escritos, una presencia institucional impresionante, una lista de revistas periódicas importante y un punto de apoyo en la conciencia popular que eran inimaginables cuando Banner y Hartman publicaron su libro hace ya casi 30 años. Si no hemos tomado por asalto la historia, hemos reclamado una porción de la disciplina; alguna vez vistas como transgresoras, ahora somos poseedoras legítimas del título de propiedad.

Pero, para aquellas que empezaron como revolucionarias, el convertirse en propietarias es siempre un logro ambiguo. Es a la vez una victoria y una traición, el triunfo de la crítica y su abandono. Esto es difícil para las feministas que, a pesar de toda la irrisión echada sobre ellas por los socialistas en los siglos XIX y XX, han sido revolucionarias dedicadas a derrocar al patriarcado, a romper las cadenas opresoras del sexismo, a liberar a las mujeres de los estereotipos que las confinan y a ponerlas en el escenario de la historia. La realización de al menos algún cambio positivo a lo largo de la década pasada -la cual acabo de caracterizar para los historiadores como el adueñarse de una parte de la disciplina- ha producido alguna ambivalencia e incertidumbre acerca del futuro. ¿Hemos ganado o perdido?, ¿nuestro éxito nos ha cambiado?, ¿qué augura el cambio de forasteras en pie de lucha al de nativas reconocidas del lugar para nuestro propio significado?, ¿nuestra presencia ha transformado la disciplina o simplemente hemos sido absorbidas dentro de ella?, ¿debemos estar contentas manteniendo y reproduciendo lo que hemos ganado?, ¿o deberíamos estar respondiendo a nuevos retos que pueden amenazar nuestro estatus de propietarias?, ¿tiene un futuro la historia de mujeres, o es historia?, ¿y, cómo debemos imaginar ese futuro? Estas son preguntas que se hacen también acerca de los estudios de las mujeres y acerca del feminismo.

Al acercarse el milenio, se organizó un gran número de foros en EE UU para

especular acerca del futuro. Para dar sólo dos ejemplos: en 1997, coordiné un número especial de la revista *differences* titulado “Women’s Studies on the Edge” -un título que pretendía evocar la película de Almodóvar *Mujeres al borde de un ataque de nervios*. Aunque lo escogimos por juego, la alusión resultó ser una caracterización correcta de lo nerviosas que algunas de nosotras nos sentíamos cuando nos pedían que pensáramos en el futuro.⁵ En 1999 el *Journal of Women’s History* organizó un magnífico intercambio intergeneracional entre las estadounidenses Anne Firor Scott, Sara Evans, Elizabeth Faue y Susan Cahn. ⁶ (Las cuatro constituyen un linaje: Scott fue maestra de Evans, Evans enseñó a Faue y a Cahn.). En una discusión por demás rica y amplia, estas historiadoras evitaron el tema del futuro (aunque era el propósito explícito de la conversación). En cierto punto, Anne Scott confesó que pensando acerca de “hacia dónde la historia de las mujeres debería, o podría, ir desde aquí” se encontró a sí misma “tropezando con una pared”.⁷ Liz Faue pensó que *deberíamos tomarnos tiempo libre para soñar*, para ejercitar la imaginación y la creatividad para salir del callejón sin salida.⁸ Pero Sara Evans, resumió lo que parecía ser una renuencia general entre ellas, *Ah, el futuro*, suspiró, *Estoy de acuerdo... ésa es la parte de la conversación que encuentro más peligrosa.*⁹

I

¿Por qué el futuro de un movimiento exitoso es tan difícil de prever? De alguna manera ya sabemos la respuesta: es una forma de análisis de movimiento social. Una generación de feministas académicas-activistas en proceso de envejecimiento mira con nostalgia su pasada loca juventud, preguntándose (pero sin atreverse a hacerlo en voz

⁵ *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 9, núm. 3, 1997.

⁶ Anne Firor Scott et al., “Women’s History in the New Millenium: A Conversation across Tree “Generations”: Part 1”, *Journal of Women’s History*, vol. 11, n’um.1, 1999, pp 9-30

⁷ *Ibid.*, p. 29.

⁸ Anne Firor Scott et al., “Women’s History in the New Millenium: A Conversation across Tree “Generations”: Part 1”, *Journal of Women’s History*, vol. 11, , n’um2, 1999, p 211.

alta) si todas las ganancias que obtuvimos valían la pena. La institucionalización de la historia de mujeres significa su fin como campaña. Nuestra investigación y actividades profesionales parecen haber perdido su lado político y su sentido de dedicación para construir algo más grande que una carrera individual. La comunidad de feministas académicas, cuya vitalidad se manifestaba en divisiones feroces y no menos en compromisos compartidos, parece ahora difusa. Y, al menos entre historiadoras de las mujeres, las apuestas teóricas y políticas ya no son tan fuertes, los desacuerdos parecen más personales o generacionales. Si bien, finalmente sentimos alivio por ya no tener la necesidad de conspirar en sesiones estratégicas a altas horas de la noche, el no tener que justificar continuamente el currículo académico propio y el de nuestros alumnos ante colegas escépticos u hostiles y, aunque también sentimos placer, por la cantidad, la calidad y la diversidad del trabajo producido con la rúbrica de historia de mujeres, queda, empero un sentimiento de pérdida. Para muchas de nosotras estar en pie de guerra nos daba energía; provocaba una creatividad estratégica e intelectual sin parangón con nuestras primeras experiencias como graduadas. Al aspirar a ser Clío nos convertimos en una versión subversiva de ella: el activismo ratificaba la agencia. Éramos productoras de nuevo conocimiento, transmisoras de la memoria revisada, confeccionando cuentos para inspirarnos a nosotras mismas y a las generaciones por venir -todo frente a enemigos más formidables que los piérides o las sirenas, oponentes que tenían el poder de disciplinarnos por lo que ellos creían que eran nuestras pretensiones y fechorías. De insurgentes nos convertimos ahora en sancionadoras, y es inevitable, pienso, que haya cierta decepción en este cambio de identidades. Una cosa es criticar el poder disciplinario desde afuera, y otra el estar dentro, entregadas a la enseñanza de *corpus* establecidos de conocimiento. Este tipo de enseñanza busca necesariamente reproducir la historia feminista en nuevas generaciones de estudiantes, pero con frecuencia es resistente al tipo de retos críticos que eran las características que la definían.

⁹ Ibid., p. 205

El feminismo académico, parece, ha perdido su conexión cercana con el movimiento político que lo inspiró, al adquirir credibilidad institucional. En las décadas de 1970 y 1980 éramos el brazo productor de conocimiento de un movimiento feminista de base muy amplia dedicado al cambio social radical. Durante la década de 1990, había ataques críticos y condenas sufridos por la culpa sobre el disminuido contacto entre las académicas y las activistas, al igual que la orden de mantener o reconstruir esos lazos.

Pero este esfuerzo zozobró, no (como se argumenta algunas veces) porque las académicas feministas se hayan retirado a sus torres de marfil (la oposición entre el feminismo académico y político fue siempre una falsa caracterización), sino porque el movimiento político mismo se ha fragmentado, dispersado en áreas específicas de activismo. Esto no significa, como algunos periodistas lo han dicho, que el feminismo esté muerto. Más bien, la preocupación sobre el estatus y la condición de diferentes tipos de mujeres ha infiltrado muchos más campos de legalidad y política que cuando el movimiento estaba en su apogeo, al igual que las cuestiones sobre género han desteñido sobre áreas de estudio que eran resistentes al feminismo en los primeros tiempos de los estudios de mujeres.¹⁰

Las operaciones estratégicas discontinuas, coordinadas con otros grupos, han remplazado el sentimiento de una lucha continua en nombre de las mujeres representadas como una entidad única. Este cambio está vinculado con la pérdida de una gran narrativa teleológica sobre la emancipación, una que nos permitía concebir el efecto acumulativo de nuestros esfuerzos: libertad e igualdad eran los resultados inevitables de la lucha humana, creíamos, y esa creencia daba coherencia a nuestras acciones, nos definía como participantes en un “movimiento” progresista (estábamos

¹⁰ Este es el caso tanto en el nivel nacional como en el internacional, evidente de manera más importante en el trabajo de las comisiones de las Naciones Unidas para eliminar todo tipo de discriminación contra las mujeres (CEDAW por sus siglas en inglés). Véase a Françoise Gaspard, “Les femmes dans les relations internationales”, *Politique Étrangère* vol. 3, núm.4, 2000, pp731 -741

del lado de la historia redentora).

Aunque las operaciones estratégicas discontinuas y dispersas son eminentemente de naturaleza política (y para una generación más joven, una forma conocida de operación), la pérdida de la continuidad que venía con la noción de historia como inevitablemente progresista, ayuda a explicar la dificultad que una generación más vieja tiene para imaginar el futuro (toman la discontinuidad como regresiva -lo opuesto a progresista, lo cual era para los que veían al fascismo en Europa destruir las instituciones liberales en la década de 1930-cuando, de hecho, ahora en el contexto del siglo XXI, la discontinuidad me parece estar aliada más cercanamente a las críticas -de la izquierda- radicales).

Otro aspecto de la institucionalización exitosa de la historia de mujeres es la pérdida de la agudeza crítica que viene con el estar en el margen. Había mucho debate en la década de 1980 (tal vez un poco más entre las estudiosas de la literatura que entre las historiadoras) acerca de los beneficios finales de la integración. ¿Acaso la ausencia de las mujeres en el currículo era simplemente una brecha en el conocimiento que tenía que ser llenada?, ¿o revelaba algo más pernicioso acerca de la organización patriarcal (o falocéntrica) del conocimiento mismo?, ¿qué tipo de efecto tendrían los estudios de mujeres en la universidad?, ¿proveeríamos sencillamente información faltante en este momento o cambiaríamos la verdadera naturaleza de lo que se considera conocimiento?, y ¿eran estos objetivos necesariamente contradictorios? “Mientras los estudios de mujeres no cuestionen el modelo existente de universidad”, dijo Jacques Derrida en un encuentro del seminario del Pembroke Centre en 1984, “se arriesgan a ser sólo otra celda en el panal de la universidad”.¹¹

Algunos insistieron en que, por definición, una presencia femenina (en los

¹¹ Jaques Derrida, “Women in de Beehive: A Seminar”, en Alice Jardine y Paul Smith (eds.), *Men in Feminism*, Nueva York, Methuen, 1987, p. 190

libros de texto de historia y en los departamentos de historia de los cuales las mujeres eran habitualmente excluidas) era una subversión del status quo. ¿Acaso el “volverse visibles” no era, en sí mismo, un reto a la ortodoxia histórica prevaleciente que mantenía a las mujeres ausentes en la política y en la historia? Algunas otras de nosotras argumentaban que el potencial radical de una historia de mujeres se perdería sin una crítica profunda de las suposiciones de la disciplina (por ejemplo, su noción de que la agencia es de alguna manera inherente a las voluntades de los individuos; su falta de atención al lenguaje en la construcción de los sujetos y de sus identidades; su falta de reflexión sobre los poderes interpretativos implícitos de la narrativa). Es significativo, creo, que el animado debate sobre la reforma versus revolución ha disminuido en las discusiones entre las mujeres historiadoras. Con al menos algo de reformas logradas las preguntas problemáticas son más mundanas: la sobre especialización, sobre producción, y la fragmentación, las cuales minan la unidad de la comunidad de estudiosas feministas y hacen imposible cualquier dominio del corpus completo de la historia de mujeres. Hasta aquellas que comparten una misma lista de lecturas debatirán probablemente más los méritos de una interpretación particular que preguntarse cómo ayuda al avance de una agenda feminista crítica. Preocupadas con los detalles de la administración de programas, la puesta en marcha o el ajuste de la oferta curricular, la supervisión de alumnos de licenciatura, y el acomodo de candidatos a doctorado, imaginamos el futuro como una continuación del presente más que como una liberación de él.

Otra razón del porqué es tan difícil mirar hacia delante es que la universidad, dentro de la cual hemos sido incorporadas, está sufriendo ella misma un cambio estructural mayor. De haber sido críticas desde fuera, ahora somos abogadas desde dentro, tratando de preservar la institución -gobernada por los profesores, otorgadora de plazas definitivas, productora de conocimiento, espacio de investigación crítica-

contra aquellos que la quieren reorganizar de acuerdo con los modelos corporativos en los cuales (cómo lo dice Bill Readings) “a los clientes se les venden servicios por una cuota”.¹² La necesidad de evitar la “ruina” de la universidad hace que las feministas sean catalogadas más como defensoras del status *quo* que como agentes del cambio. La tentación es utilizar nuestro análisis del poder para preservar lo que hemos ganado, protegiéndolo de la erosión por presidentes de corporaciones y patronatos que tratan las ideas como mercancías y a los académicos como vendedores minoristas, no como productores de ideas. Existe una nueva necesidad de cooperar con los colegas, algunos de los cuales eran antes nuestros adversarios, con una agenda común comprometida con la preservación de la academia como la conocemos. En este contexto, las demandas de una revisión radical de toda la empresa parecen fuera de lugar, si no es que peligrosas. En cambio, guardamos diligentemente las fronteras de nuestro campo, protestamos contra la distribución desigual de recursos, alertas a las incursiones en nuestro territorio de nuevas y más atractivas áreas de investigación, y recelosas de los sobrevivientes que puedan redibujar los mapas que hemos seguido tan bien. Nuestro proteccionismo algunas veces nos lleva hasta a colaborar con aquellos administradores que están empeñados en comercializar la vida de la mente. Si realmente somos una de las celdas en la colmena universitaria, nuestro interés actual está, a la vez, en mantener la posición de esa celda y la salud de la colmena en su totalidad. La defensa del status *quo* (y de los principios humanistas que lo sustentan) parece mucho más urgente que aferrarse a los sueños de transformación radical. Somos testigos, pienso, de una versión de lo que Nancy Cott llamó, al referirse a la era pos-sufragista, “la fundación del feminismo moderno”, la implementación práctica (necesariamente insuficiente) de los ideales y reclamos de emancipación; la aceptación de lo que es, en lugar de una búsqueda conti-

¹² Bill Readings, *The University in Ruins*, Cambridge, Harvard University Press, 1996, p. 32

nua de lo que debería ser, la domesticación del deseo ferviente.¹³

II

El deseo ferviente es un regalo de las musas, una especie de locura que avasalla, enciende y transforma al sujeto. Según Platón, “toma posesión de una alma gentil y pura, la despierta y le inspira canciones... Aquel que sin la divina locura llega a las puertas de las musas, confiado en que será un buen poeta por el arte [debemos sustituir “buen historiador por disciplina”] no tendrá éxito, y la poesía [historia] del mismo hombre [mujer] desaparece en la nada ante la del hombre loco [mujer loca] inspirado (a).¹⁴

Nuestro análisis cuidadoso de las causas y efectos estructurales del surgimiento y la caída de los movimientos sociales no deja mucho lugar para la demencia divina (no nos deja ver cómo opera), pero si estamos trabajando con o como Clío, debemos tenerla en cuenta. Y cuando la estamos buscando encontramos evidencia de que tiene importancia en nuestra habilidad de imaginar el futuro. Una y otra vez, en la conversación entre generaciones publicada en el *Journal of Women's History* (JWH), las historiadoras describen su atracción hacia la historia de mujeres en términos de pasión, dándole significado a la inspiración y emoción provocadas por las musas. Sara Evans habla de la historia de mujeres en términos de “una pasión que absorbe la vida”,¹⁵ Liz Faue relata el despertar de su “pasión” por la historia de mujeres durante sus estudios de posgrado¹⁶ y la increíble (fantástica) expectativa de compartir “nuevas palabras, nuevas ideas, y nuevas experiencias todas mezcladas” en “una salvaje cacofonía”;¹⁷

Anne Scott recuerda un “planteamiento apasionado” que hizo en la reunión de la

¹³ Nancy Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, New Haven, Yale University Press, 1987

¹⁴ Platón, *Phaedrus*, 245ª traducido por R. Hackfort, Cambridge, Cambridge University Press, 1952

¹⁵ Anne Firor Scott et, al., “Women's History in the New Milleninium: A conversation across Three “Generations”: Part I”, *Journal of Women's History*, vol. 11, núm. 1 1999, p.11

¹⁶ *ibid.*, p.13

¹⁷ *ibid.*, p.23

Organización de Historiadores Americanos pidiendo que se tomara en cuenta a aquellos que la historia tradicional había ignorado;¹⁸ y Susan Cahn refiere su “apasionada” persecución de la historia y del feminismo.¹⁹ Al ver la actual disminución de los puestos de planta en la academia, Sara Evans se preocupa de que los estudiantes con “una gran pasión por la historia de mujeres” serán disuadidos de seguir su deseo, por el mercado de trabajo.²⁰

Es posible, por supuesto, que la pasión aquí tenga una cualidad aprendida a fuerza de repetición y hasta moralizadora. Pero creo que actualmente tiene una connotación de profunda emoción con un componente erótico. El mundo, evocado por la noción de pasión es “el mundo femenino de amor y ritual” que Carroll Smith-Rosenberg describió de manera tan brillante en 1975. Si bien al existir dentro de los términos de la normatividad heterosexual (de hecho definida por ellos) era, empero, profundamente “homosocial”, y apasionante por esta misma razón.²¹ Bonnie Anderson (*Joyous Greetings*) y Leila Rupp (*Worlds of Women*) han caracterizado los movimientos internacionales feministas en términos similares.²² La historia de mujeres, antes de ser institucionalizada, era como esos mundos del siglo XIX y de principios del XX. Toda esa energía de la libido dirigida a la mujer -como objetos de estudio, sujetos de derechos, estudiantes, colegas y amigas, y aumentada por la emoción de estar en territorio prohibido- es la que estábamos reclamando enérgicamente como el derecho previamente negado de tener acceso al campo de la historia. Los hombres estaban presentes, con toda seguridad, como blancos de la ira, detentores del poder cuya resistencia o indiferencia necesitaba ser superada; pero eran muy irrelevantes para la

¹⁸ op. Cit., p.19

¹⁹ ibid., p. 15

²⁰ Anne Firor Scott et, al., “Women’s History in the New Millenium: A conversation across Three “Generations”: Part 2”, *Journal of Women’s History*, vol. 11, núm. 2 1999, p.214

²¹ Carroll Smith-Rosemberg, “The Female World of Love and Ritual: Relations Between Women in Nineteenth-Century America”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 1, núm. 1, otoño 1975, pp. 1-29

²² Bonnie Anderson, *Joyous Greeting: The First International Women’s Movement 1830-1860*, Nueva

experiencia del movimiento. Los hombres eran el enemigo en contra del cual se definía nuestra comunidad política y afectiva.

Algo de la dificultad que tenemos ahora para poder pensar en el futuro es, creo, un síntoma de melancolía, falta de voluntad de dejar ir el mundo homosocial tan cargado de afecto que hemos perdido, de hecho hasta falta de voluntad de aceptar que se ha perdido. Los melancólicos quieren que el tiempo dé marcha atrás, quieren seguir viviendo como antes. La melancolía, nos dice Freud, es “una reacción a la pérdida de una persona amada, o a la pérdida de una abstracción que ha tomado el lugar de otra, tal como el país, la libertad, un ideal y otras más”.²³ De manera contraria a llorar la pérdida, lo cual indica que conscientemente se acepta la pérdida, la melancolía es un proceso inconsciente; el objeto perdido no es comprendido como tal. En cambio, en la melancólica se identifica el objeto perdido y desplaza su dolor e ira hacia quien la padece. En la melancólica, “la sombra del objeto cae sobre el ego, y así este último puede por esto ser juzgado... como si fuera... el objeto abandonado”.²⁴ El juicio es duro, y el proceso normal por el cual la energía sexual (libido) es dirigida hacia otro objeto se interrumpe. Al voltearse hacia sí misma, la melancólica vive sólo en el pasado. Para poder pensar el futuro se necesita querer separarse uno mismo del objeto perdido, aceptar la pérdida y encontrar un nuevo objeto al cual apegarse apasionadamente.²⁵

No hay duda de que cuando la historia de mujeres llegó a la mayoría de edad, menguó la intensidad de la pasión asociada con la campaña para asegurar su legitimidad. Empero, mucho queda por hacer en este campo desarrollado de manera desigual, las primeras emociones del descubrimiento ya no motivan nuestro trabajo de la misma manera. En primer lugar, el mundo de los departamentos de historia (de manera

York, Oxford University Press, 2000; Leila Rupp, *Worlds of women: The Making of an International Women's Movement*, Princeton, Princeton University Press, 1997

²³ Freud...

²⁴ ibidem

²⁵ Judith Butler, *Gender Trouble*, Nueva York, Routledge, 1990, pp. 57-66.

más general los de las universidades) es heterosocial (incluso los programas de estudios de mujeres siguen siendo homosociales); nuestro mundo ya no es exclusivamente femenino. Por otro lado, la expansión del campo ha traído alguna innovación importante. No es únicamente que, una vez tomadas en cuenta las críticas de las mujeres de color, de las mujeres del tercer mundo, y de las lesbianas en la década de 1980, hemos tomado las diferencias entre mujeres, como axiomáticas; también es que al haber refinado nuestra teoría, hemos sustituido de manera creciente el género por las mujeres, como nuestro objeto de investigación. El trabajo que producimos ya no está enfocado únicamente en las mujeres como categoría única. Y esto ha significado que la coherencia satisfactoria del movimiento -mujeres como sujetos y objetos de su propia historia- ha desaparecido, si es que alguna vez existió. (Sugeriré más tarde que esta coherencia ha sido establecida principalmente de manera retrospectiva, como parte de la nostalgia de la melancolía.)²⁶

En algún momento del encuentro en el JWH, Liz Faue utilizó una metáfora ocupacional para caracterizar el cambio en la práctica de la historia de mujeres en las últimas décadas. Sugirió que una generación de artesanas y sus aprendices cuidadosamente produjeron historias “que tenían un significado político y una sólida metodología.”²⁷ Entonces se enfrentaron a la competencia de “otras historiadoras” quienes, ya sea menos comprometidas con el feminismo o que poseían “teorías de moda” (o ambas posibilidades), inundaron el mercado con mercancías de muy baja calidad producidas en masa. Aunque las artesanas siguieron produciendo trabajo de alta calidad, era difícil distinguir éste del trabajo barato. Como resultado, la totalidad de la empresa se devaluó. Las colegas de Faue rechazaron la metáfora como no apta (Susan Cahn hace notar que “ciertamente no había escasez de ‘mala’

²⁶ Para un análisis mordaz del estado actual de los estudios de mujeres, véase Wendy Brown, "Women's Studies Unbound: Revolution, Mourning, Politics", *Parallax*, vol. 9, núm. 2, 2003, pp. 3-16.

²⁷ Arme Firor Scott *et al.*, "Women's History in the New Millenium: A Conversation across Three

historia producida por la anterior forma ‘artesanal’²⁸ y Liz no estaba muy interesada en seguir el debate. (Un aspecto muy bonito de la conversación del JWH -gracias a la tecnología del correo electrónico- es su informalidad y la voluntad de las participantes de ser abiertas, inquisidoras y decir cosas de manera tentativa.)

Encuentro revelador que el recurrir a un modelo de proletarización, no porque sea aplicable al campo de la historia de mujeres (de más está decir que son sus teorías sobre los movimientos sociales, no sobre la transformación ocupacional, las que ofrecen las comparaciones más relevantes), sino porque es un tema recurrente, empleado por los trabajadores en el siglo XIX y XX y por los historiadores del trabajo, para llorar por la muerte del mundo precapitalista que hemos perdido. En el uso que de esto hace Faue, el tema de la proletarización articula la pérdida afectiva en términos económicos más familiares (y a la vez más lejanos). Es, propongo al menos en parte, la inhabilidad de reconocer directamente la pérdida afectiva (la idealización apasionada de las mujeres que guió a la historia de mujeres), lo que hace (en palabras de Faue) “tan difícil ver a través del velo que esconde el futuro del presente.”²⁹

III

El “velo que esconde el futuro” es la “sombra del objeto” de Freud -la melancolía. Quiero creer que significa que hemos estado confundidas acerca del origen de nuestra pasión, confundiendo “mujeres” con el entusiasmo por lo nuevo y lo desconocido. ¿No será nuestro sentir que ya sabemos lo que es la historia de mujeres lo que bloquea esa divina locura, ese despertar inspirado, que es precisamente el encuentro con lo desconocido?, ¿y si rescribimos la historia del feminismo como una historia de una pasión crítica circular, que resbala de manera metonímica a lo largo de

'Generations': Part 2". *Journal of Women's History*, vol. 11, núm. 2, 1999, p. 210

²⁸ op. Cit. p.215

²⁹ Ibid.,p. 211

una cadena de objetos contiguos, que se detiene por un momento en un lugar inesperado, llevando a cabo una tarea, y después continúa su camino? Utilizo aquí el término historia del feminismo en el sentido no sólo de historia del feminismo y la historia escrita por feministas, pero también como una insinuación coloquial, así como en “bueno, usted sabe, esa mujer tiene una historia”.

Al menos desde el siglo XVIII el feminismo ha usado la historia de diferentes maneras en épocas distintas, como un arma de importancia fundamental en la lucha por la emancipación de las mujeres. La historia del feminismo ha ofrecido pruebas, en la forma de casos ejemplares del pasado, sobre el mérito de las mujeres al involucrarse en las mismas actividades que los hombres (trabajar por un salario, educación, ciudadanía, gobernar). Nos ha provisto de heroínas a las cuales emular y linajes para una membresía contemporánea de activistas en familias ficticias de hacedoras de historia. La historia del feminismo ha expuesto como instrumentos del poder patriarcal las historias que explicaban la exclusión de las mujeres como un hecho de la naturaleza. Y ha escrito nuevas historias para contrarrestar la “mentira” de la pasividad de las mujeres, al igual que el haber sido borradas de los archivos que constituyen la memoria colectiva. No sólo ha impugnado las versiones estereotípicas de la “mujer” sino que también ha insistido en las profundas diferencias entre las “mujeres”. Igualmente, ha establecido un sinnúmero de alianzas, enfocadas en muchos aspectos del poder para avanzar en el logro de sus metas. La historia del feminismo es, a la vez, una compilación de las experiencias de las mujeres y un registro de las diferentes intervenciones estratégicas empleadas para defender la causa de las mujeres. Puede, desde luego, defenderse por sí misma; pero se le entiende mejor como un doble compromiso subversivo y crítico: con los códigos normativos de género que prevalecen y con las convenciones y (desde la formación de la historia como una disciplina hacia finales del siglo XIX) con las reglas de la escritura de la historia. La historia del feminismo ha

sido un esfuerzo variable, mudable; un instrumento estratégico flexible que no ha estado ligado a ninguna ortodoxia. La producción del conocimiento sobre el pasado, aunque de vital importancia, no ha sido un fin por sí mismo, sino más bien ha proporcionado (en ciertos momentos y no siempre al servicio de un movimiento político organizado) los términos sustantivos para una operación crítica que utiliza el pasado para dar al traste con las certezas del presente, y así, abre el camino para imaginar un futuro diferente. Esta operación crítica es la dinámica que mueve al feminismo; en términos lacanianos es una operación de deseo, insatisfecho por cualquier objeto en particular, “constante en su presión,” siempre en busca de una satisfacción esquiva (ya que el alcanzar la meta utópica de abolir la diferencia sexual significaría la muerte del feminismo)”.³⁰

El deseo, nos dice Lacan, es llevado por la carencia, es regulado por la insatisfacción; es “insatisfecho, imposible, tergiversado”.³¹ Su existencia expone la insuficiencia de cualquier finiquito decisivo; siempre se quiere algo más. El deseo se mueve de manera metonímica; las relaciones entre sus objetos se caracterizan por contigüidades inesperadas. Los movimientos son laterales y no siguen una dirección única. Podemos decir aquí que para el feminismo el deseo es movido por, o aún mejor, él mismo es una facultad crítica, una forma de crítica. La crítica -como la definieron los filósofos alemanes (Kant, Hegel, Marx, la Escuela de Frankfurt)- tiene la misma cualidad insatisfecha, inconsciente, apasionada. Incluso si sus formulaciones son racionales, sus motivaciones no son enteramente conocidas. Wendy Brown y Janet Halley describen la crítica como “una empresa de conocimiento perjudicial, desorientadora y a veces destructora”.³² “Al insistir en que toda producción humana

³⁰ Jacques Lacan, "Subversión of the Subject and the Dialectic of Desire in the Freudian Unconscious", en Jacques Lacan, *Écrits: A Selection*, Nueva York, Norton, 1977, pp. 292-324- Véase también el apartado sobre "Desire" en Dylan Evans, *An Introductor* } *Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*, Londres, Routledge, 1996, p. 37.

³¹ Jacques Lacan, *The Four Fundamental Concepts of Psycho-Analysis*, Nueva York, Norton, 1981, p. 154

³² Wendy Brown y Janet Halley (eds.), *Le/t Legalism/Left Critique*, Durham, Duke University Press,

debe estar disponible para la crítica, esto es a la posibilidad de ser repensado a través del examen de las premisas constitutivas, el trabajo de la crítica potencialmente no tiene límite ni final.”³³ Los objetos de la crítica son las formas y manifestaciones de la ideología y del poder (sus verdades fundamentales, sus suposiciones fundacionales) y éstas son tan variadas y tan impredecibles como los objetos del deseo. Como lo describen Brown y Halley, la crítica (como el deseo) consiste en persecución, “personifica un deseo de conocer” cuyo ejercicio reditúa placer -el placer que deriva de la contemplación de lo desconocido.³⁴ “Ya que la crítica corre el riesgo de abrir nuevas modalidades de pensamiento y posibilidad política, y potencialmente proporciona también la posibilidad de un enorme placer -político, intelectual y ético.”³⁵ Que el placer significa no solamente afecto positivo sino pasión, es señalado por referencias a un “combustible flamable”, “a una euforia” y “a un placer él mismo como una fuente crucial de motivación política”.³⁶

El concebir el feminismo como una operación crítica que no tiene descanso, como un movimiento del deseo, lo distancia de sus orígenes en las teleologías de la Ilustración y de la promesa utópica de la emancipación total. Empero, no asume que el deseo opere fuera del tiempo; más bien es un fenómeno histórico mutante, definido como y a través de sus desplazamientos. El feminismo surgió de la declaración de igualdad universal en el contexto de la democracia liberal, posicionada discursivamente en y como contradicción -no sólo en la arena de la ciudadanía política- sino también en muchas áreas de la vida económica y social. A pesar de muchos cambios en los significados y prácticas de la democracia liberal, su hegemonía, discursiva permanece, y el feminismo permanece como una de sus contradicciones. Al llamar la atención sobre sí mismo como contradicción, el feminismo ha retado las formas en las cuales las

2002, p. 28

³³ Ibid., p. 26.

³⁴ Ibid., p. 30.

³⁵ Ibid., p. 29

³⁶ Ibid., p. 32.

diferencias sexuales han sido utilizadas para organizar las relaciones de poder. La especificidad histórica del feminismo viene de que expone las contradicciones en los sistemas que dicen ser coherentes (el republicanismo excluye a las mujeres de la ciudadanía; la economía política que atribuye i salarios más bajos de las mujeres a su menor valor determinado biológicamente como productoras; a la enseñanza médica que combina el deseo sexual ‘con los imperativos naturales de la reproducción; a las exclusiones dentro de los movimientos de mujeres que presionan por una emancipación universal) y pone en tela de juicio la validez de las categorías tomadas como principios primordiales de la organización social (la familia, el individuo, el trabajador, masculino, femenino, hombre, mujer).³⁷

Un ejemplo de nuestros tiempos de la operación crítica del feminismo es la relación de la historia de mujeres con la historia social. Con frecuencia se dice, con cierto sentido de que es inevitable, que la historia de mujeres se volvió aceptable por el hecho de que la historia social adquirió importancia. El acento en la historia cotidiana, en la gente ordinaria y la acción colectiva, hizo de las mujeres un grupo obvio que debía incluirse. Yo lo pongo de manera diferente: no había nada inevitable en que la historia de mujeres surgiera de la historia social. Más bien, argumentan las feministas, dentro de los términos y a contra pelo del behaviorismo y la nueva izquierda marxista, las mujeres eran una consideración necesaria para los historiadores sociales. Si se les omitía, se perdían elementos clave sobre cómo se construía la clase. Mientras que los historiadores (hombres) celebraban los impulsos democráticos de la clase trabajadora naciente, los historiadores de las mujeres señalaban las jerarquías de género. No solamente corregimos la ausencia de las mujeres en las historias del trabajo -aunque con seguridad lo hicimos (demostramos que “trabajador” era una categoría excluyente; que las mujeres eran trabajadoras

³⁷ Joan Wallach Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

calificadas, no únicamente una fuente barata de mano de obra; que las mujeres estallaban huelgas y organizaban sindicatos, que no eran sólo miembros de las damas voluntarias) - asimismo, ofrecimos una crítica sobre las formas en que los historiadores del trabajo reproducían el machismo de los sindicalistas. Esto no siempre cayó bien, de hecho las feministas se encontraron (se siguen encontrando) encerradas en un ghetto en las reuniones de los historiadores del trabajo. Pero había cierta emoción en el descubrimiento al tiempo que tratábamos de guiar a nuestras colegas hacia territorio desconocido. En el proceso logramos convencer a algunos de ellos de que consideraran las maneras en las cuales el género consolidaba la identidad masculina como trabajadores y como miembros de la clase trabajadora, y las formas en las cuales la naturaleza era utilizada no sólo para justificar los tratamientos diferenciales de los trabajadores hombres y mujeres, sino también para regular la estructura de la familia y los patrones de empleo.

En la historia del trabajo (como en otras áreas de la historia -desde la diplomática hasta la cultural-), Liz Faue comenta, “la historia de mujeres ha ‘desfamiliarizado’ el terreno de otros historiadores”.³⁸ Desfamiliarizado es exactamente correcto -los significados dados por sentado, los términos por los cuales los historiadores han explicado el pasado, la lista de los temas así llamados apropiados para la investigación histórica, fueron puestos en tela de juicio y se demostró que no eran tan comprensivos ni tan objetivos como se creía anteriormente. Lo que antes era impensable -que el género era una herramienta útil para el análisis histórico- se volvió pensable. Pero éste no es el final del cuento. Ahora el género, una categoría aceptada por la disciplina, es criticado por la siguiente ola de feministas y por otros, quienes, con razón, insisten en que es tan sólo uno de otros tantos ejes igualmente importantes para

³⁸ Anne Firor Scott, Sara M. Evans, Susan K. Cahn y Elizabeth Faue "Women's History in the New Millennium: A Conversation across Three 'Generations': Part 2". *Journal of Women's History*, vol. 11, núm. 2, 1999, p. 205.

la diferencia. El sexo no subsume la raza, la etnicidad, nacionalidad o sexualidad; estas atribuciones de identidad se intersecan de maneras que hay que especificar. Restringir nuestra mirada a la diferencia sexual significa perder las maneras siempre complejas en las cuales las relaciones de poder son marcadas por las diferencias. El nuevo territorio recientemente seguro del género y de la historia de mujeres está siendo desfamiliarizado, mientras los estudios *queer*?³⁹, los estudios postcoloniales, los estudios étnicos (entre otros) nos retan a llevar más lejos las fronteras, a deslizarnos (¿o brincar?) de manera metonímica a terrenos contiguos. Para algunas, parece prematuro ramificarse antes de consolidar plenamente nuestras ganancias, pero ésa es la manera incorrecta de pensar acerca de la historia del feminismo. El impulso de reproducir lo que ya se sabe es profundamente conservador, ya sea que venga de historiadores políticos tradicionales o de historiadores de las mujeres. Lo que hace -ha hecho-la historia del feminismo tan emocionante es precisamente su negativa radical a establecerse, a llamar “hogar” a un alojamiento bastante comfortable.

IV

La melancolía descansa sobre la fantasía de un hogar que realmente nunca lo fue. Nuestra idealización del momento intensamente político, orientado hacia las mujeres de la reciente historia feminista y nuestro deseo de preservarlo (al hablar de él como la esencia de la historia de mujeres) nos ha impedido apreciar el entusiasmo y la energía de la actividad crítica que era entonces y es ahora la característica definitoria del feminismo. La

³⁹ Palabra originalmente utilizada para definir lo extraño, bizarro y singular. Se usó en los años 1950 y 1960 en Estados Unidos como un término peyorativo para los homosexuales masculinos. En la década de 1990 surge en la academia estadounidense el concepto *queer theory* para definir el instrumental analítico y metodológico que señala la falta de consistencia y congruencia entre el sexo cromosómico, el género y el deseo sexual. Para una introducción véase Jagose Annamarie, *Queer Theory, An Introduction*, Washington Square, New York University Press, 1996. Véase también Judith Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós, 2002. En México sobre homosexualidad femenina véase el número especial sobre "Las raras" en *Debate Feminista*, año 15, .núm. 29, abril de 2004.

preocupación principal de la historia feminista nunca fue el documentar las experiencias de las mujeres en el pasado, aun si ése era el medio más visible con el cual perseguíamos nuestro objetivo. La razón de mirar hacia el pasado era desestabilizar el presente, el retar a las instituciones y las formas de pensar patriarcales que se legitimaban a sí mismas como naturales, hacer que se pensara lo impensable (por ejemplo, separar género de sexo). En las décadas de 1970 y 1980 la historia de mujeres formaba parte de un movimiento que consolidó la identidad de las mujeres como sujetos políticos, que permitió el activismo en muchas esferas de la sociedad y que ganó una visibilidad pública sin precedentes y, finalmente, tuvo algún éxito. La ERA (*Equal Rights Amendment*) no fue aprobada, pero otras medidas antidiscriminación sí lo fueron. El Título IX tuvo un efecto tremendo como lo tuvo la acción afirmativa y las campañas para identificar y castigar el acoso sexual.⁴⁰ El patriarcado no cayó, las jerarquías de género permanecen y la reacción es evidente (la biología evolucionista es su más reciente encarnación), pero muchas barreras para las mujeres (especialmente para las mujeres blancas, de clase media y profesionistas) han sido removidas. Y las Naciones Unidas han declarado al mundo entero que reconocen que los derechos de las mujeres son derechos humanos. El estatus de las mujeres como sujetos de la historia, sujetos productores de conocimiento histórico, y sujetos de la política, parece haber sido asegurado en principio, aunque no siempre en la práctica. La aceptación pública de la identidad de las mujeres como sujetos políticos hizo redundante la construcción histórica de esa identidad; no había nada nuevo que defender en ese ámbito. Las historias diseñadas para celebrar la agencia de las mujeres parecían volverse predecibles y repetitivas: más información recopilada para probar un tema que ya había sido probado. Aún más, las políticas de identidad se volvieron melancólicas y

⁴⁰ La ERA -enmienda para los derechos igualitarios- fue un intento a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 de hacer aprobar una enmienda para la igualdad entre mujeres y hombres. El Título IX era una sección del Acta de Derechos Civiles (*Civil Rights Act*) de 1965 que demandaba que muchachas y muchachos tuvieran las mismas oportunidades deportivas en los centros universitarios. Fue muy exitoso, ya que abrió la oportunidad para las muchachas para la competencia atlética y el

conservadoras en las últimas décadas del siglo XX (como lo ha demostrado de manera tan persuasiva Wendy Brown).⁴¹ Las víctimas y sus heridas se hicieron visibles y, aunque se hizo un buen esfuerzo en su nombre, la situación de las mujeres como sujetos heridos ya no inspira políticas creativas o a la historia. Cada vez más, también, las diferencias entre mujeres se volvieron más difíciles de reconciliar en una única categoría, incluso si la pluralizábamos. “Las mujeres” (como quiera que fuera modificado) se parecía demasiado a una universalización de las mujeres blancas, occidentales y heterosexuales, una categoría no suficientemente capaz de hacer sola el trabajo que las consideraciones de las diferencias entre mujeres requerían. El surgimiento de nuevos movimientos políticos parecía clamar por nuevos tipos de sujetos políticos; las identidades únicas no trabajaban como antes lo hicieron para la construcción de alianzas estratégicas múltiples y mutables. En este contexto, una nueva generación de feministas enfocó su lente crítico hacia la construcción de la identidad misma como un proceso histórico. Tratando de desfamiliarizar las demandas contemporáneas de la identidad, resaltaron las maneras complejas en las cuales la identidad “mujeres” opera, y no únicamente para significar “género”. Si la raza, la sexualidad, la etnicidad, y la nacionalidad juegan papeles igualmente importantes en la definición de “mujeres”, entonces el género no es una categoría lo suficientemente útil para el análisis.

Contar la historia como lo hice implica una narrativa singular que, de hecho, no venía al caso. No nos movimos de manera nítida de identidad a género a una crítica sobre la formación del sujeto. La historia del feminismo en estos años no es un relato sobre un asalto unificado (Clío blandiendo el género, cantando sobre las mujeres). Al mismo tiempo que la identidad de las “mujeres” se consolidaba, aun si las mujeres parecían ser los objetos principales de nuestra búsqueda, había voces críticas, conflictivas apuntando los límites de “mujeres” y de “género”, que introducían otros

entrenamiento (N. de la t.)-

⁴¹ Wendy Brown, *States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity*, Princeton, Princeton

objetos y que teorizaban acerca de diferentes maneras de considerar los significados históricos de la diferencia sexual. Gayle Rubin, en 1975, abrió el camino (entre otras cosas) para repensar e historiar la heterosexualidad normativa.⁴² Natalie Davis propuso en 1976 estudiar, no a lecturas reduccionistas sobre los símbolos de lo masculino y lo femenino nos recordó múltiples y complejos significados históricos de estas categorías.⁴³

La IX Barnard Conference, *The Scholar and the Feminist* en 1982 terminó devastada por los debates sobre el lugar del sexo en las representaciones sobre la agencia de las mujeres.⁴⁴ Denise Riley en 1988 sugirió que la categoría "mujeres" no era categoría fundamental sino histórica.⁴⁵ Ann Snitow apuntó en 1989 que el feminismo estaba dividido por deseos irreconciliables tanto de similitud como de diferencia.⁴⁶ Evelyn Brooks Higginbotham, al tratar de escapar de los efectos totalizadores de las oposiciones simples entre mujeres blancas y negras, teorizó sobre el "metalenguaje de la raza" en 1992. "Al reconocer plenamente la raza como una reconstrucción inestable, cambiante y estratégica," escribió, "las estudiosas feministas deben asumir nuevos retos para informar y desechar muchas de las suposiciones que actualmente subyacen a la historia afroamericana y a la historia de mujeres. Debemos problematizar mucho más lo que damos por sentado. Debemos traer a la luz y a la coherencia lo singular y lo plural que siempre fuimos en la historia y que aún somos actualmente hoy en día".⁴⁷ Afsanef Najmabadi en 1997 declaró su "no tan escondido placer de no poder (o no querer)

University Press, 1995.

⁴² Gayle Rubin, "The Trame in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", reimpreso en Joan Wallach Scott, *Feminism and History*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 105-152. Existe traducción al castellano en *Nueva Antropología, revista de ciencias sociales*, vol. VIII, núm. 30, noviembre, 1986, México, pp. 95-145. (N. de la t.)

⁴³ Natalie Davis, "'Women's History' in Transition: The European Case," en Joan Wallach Scott (ed.) *Feminism and History*, Oxford, Oxford University Press, pp. 79-104.

⁴⁴ La colección de ponencias de la conferencia aparecieron en Carole S. Vane, *Pleasure and Danger*, Boston, Routledge & K. Paul, 1984.

⁴⁵ Denise Riley, *Am I that Name? Feminism and the Category of 'Women in History*, Londres, Macmillan, 1988.

⁴⁶ Ann Snitow, "A Gender Diary," en Marianne Hirsh y Evelyn Fox Yeller (eds.) *Conflicts in Feminism*, Londres, Routledge, 1990, pp. 9-43

⁴⁷ Evelyn Brooks Higginbotham, "African-American Women's History and the Metalanguage of Race", reimpreso en Joan Wallach Scott (ed.) *Feminism and History*, Oxford, Oxford University Press, p. 202.

identificarme a mí misma en [términos identitarios reconocibles] sin importar cuántas veces hayan hibridado" y confundidos esos términos, también, en su trabajo sobre género y construcción de nación en Irán.⁴⁸

Ofrezco estos ejemplos con las fechas adjuntas, no para demostrar un proceso acumulativo a través del cual nuestro trabajo se volvió más inteligente o más sofisticado. Lo opuesto es precisamente lo que sucedió. El cuestionamiento crítico de las categorías prevalecientes tanto de la corriente principal como del trabajo feminista está presente constantemente; y su objeto cambia constantemente (estas son ilustraciones del resbalón metonímico al que me referí anteriormente). De hecho, en una orgía de exploraciones promiscuas (la "cacofonía salvaje" de Liz Bauer), muchos objetos se traslapan y coexisten (entre éstos la sexualidad, la raza, los símbolos de lo masculino y lo femenino, las representaciones cambiantes y los usos del género y la diferencia racial, la intersección de raza, etnicidad y género en la construcción de las naciones). Es esta actividad crítica -el incesante cuestionamiento de lo dado por sentado- lo que nos lleva a otro lugar, de objeto a objeto, del presente al futuro. Esos recuentos que insisten en que las "mujeres" son (han sido y siempre deberán ser) el único sujeto/objeto de la historia feminista hacen un recuento altamente selectivo que oscurece la dinámica que hace posible el pensar el futuro. Ha habido, por supuesto, esfuerzos agotadores para mantener las fronteras, y estas historias selectivas están entre ellos, pero han sido de poco provecho; sin hacer caso de los corazones rotos dejados en el camino, el deseo crítico feminista sigue en movimiento. Esto no es una traición o una deserción, sino un triunfo; es la manera en que la pasión del espíritu crítico feminista se mantiene vivo.

V

⁴⁸ Afsaneh Najmabadi, "Teaching and Research in Unavailable Intersections," en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 2, núm. 3, otoño de 1990, p. 76.

He estado argumentando que el rol principal de la historia feminista ha sido no producir a las mujeres como sujetos, sino explorar e impugnar los medios y los efectos de esa producción del sujeto como ha variado a través del tiempo y las circunstancias. Quedarnos contentas con cualquier identidad -aun una que hayamos creado- es abandonar el trabajo crítico. Esto tanto para nuestra identidad como historiadoras y como feministas; una vez que ganamos el acceso a la profesión al poner a la luz pública sus políticas de formación disciplinaria, no nos servirá de nada ahora quedarnos en paz y hacer cumplir las reglas existentes, incluso si ayudamos a crear algunas de ellas. No es cuestión de rehusar de manera anárquica la disciplina, sino de hacer un uso subversivo de sus métodos y un deseo más auto-consciente de tratar temas y acercamientos que alguna vez fueron considerados como imposibles de alcanzar. Es lo que no sabemos lo que nos provoca; añoramos contar nuevas historias. Nuestra pasión por la historia de mujeres era un deseo de saber y de pensar lo que hasta entonces era impensable. La pasión, después de todo, se finca en perseguir lo aún no conocido.

La interdisciplinaria ha sido uno de las maneras en que hemos aprendido a contar nuevas historias. Por eso ha sido el sello de los estudios feministas. Los seminarios de estudios de mujeres, los programas y los departamentos han sido los terrenos de pruebas para la articulación de nuevo conocimiento. Nos han dado sustancia para la investigación considerada antes inalcanzable en los departamentos tradicionales; la legitimación para aquellas que de otra manera nunca hubieran alcanzado una plaza de planta. Fueron las preguntas hechas desde algún otro lugar (desde fuera de la problemática de nuestra propia disciplina) las que con frecuencia empujaron a las historiadoras (como yo, por ejemplo) a buscar respuestas no convencionales; era la respuesta comprometida de otras estudiosas feministas lo que hacía que el trabajo pareciera valer la pena. Teníamos por lo menos dos cosas en común:

preguntas sobre las mujeres, el género y el poder y (ya que comparar simplemente datos sobre mujeres no nos llevaba muy lejos) una búsqueda de teorías que pudieran proveer maneras alternativas de ver y conocer. “La teoría,” dijo Stuart Hall en su famosa frase, “hace que los significados resbalen”⁴⁹ Y era precisamente esa desestabilización del significado recibido la meta del feminismo. Explorar la teoría (Marxismo, psicoanálisis, liberalismo, estructuralismo, posestructuralismo), y el intento de formular algo que pudiéramos llamar teoría feminista eran las maneras de superar las barreras entre disciplinas, de encontrar un lenguaje común a pesar de nuestras diferentes formaciones académicas. Aunque muchas historiadoras de mujeres, haciendo eco de sus colegas de la misma disciplina, se preocupaban porque la teoría y la historia eran incompatibles, de hecho fue la “teoría” lo que permitió criticar una historia que asumía a un sujeto sapiente singular (*el* historiador) y algunos temas más dignos de ser investigados que otros. Algunos axiomas del análisis histórico feminista comúnmente aceptados son en realidad intuiciones teóricas acerca de cómo se construyen las diferencias: no hay una identidad propia o colectiva sin otra (u otras); no hay inclusión sin exclusión; no hay nada universal sin el rechazo a lo particular; no hay neutralidad que no privilegie un punto de vista interesado; y el poder siempre está presente en la articulación de estas relaciones. Tomados como puntos de partida analíticos, estos axiomas se han convertido en los cimientos de una investigación histórica crítica y de largo alcance.

La historia feminista prospera en los encuentros interdisciplinarios; ha incorporado algunas de las enseñanzas de la teoría, pero con razón ha considerado como su tema principal la propia disciplina de la historia. (Después de todo, es Clío la que nos alienta.) La tensión entre feminismo e historia (entre lo subversivo y lo establecido) ha sido difícil y productivo; uno empujando los límites de la ortodoxia, la otra vigilando las fronteras del conocimiento aceptable. Ya sea que lo sepamos o no, la

⁴⁹ Stuart Hall citado en Wendy Brown, *Politics Out of History*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

relación no es unilateral, sino interdependiente. El feminismo transforma la disciplina al acercarse críticamente a sus problemáticas desde la perspectiva de género y poder, pero sin la problemática disciplinaria no habría historia feminista. Ya que estas problemáticas cambian (sólo parcialmente porque el feminismo las transforma), la teoría feminista cambia también. En este sentido la historia del feminismo es siempre un parásito con relación a la disciplina de la historia. El futuro depende en mucho de la dirección que tome la disciplina. ¿Dónde está la crítica feminista de la historia cultural?, ¿de las interpretaciones racionalistas del comportamiento?, ¿cuáles son los límites de los ahora aceptados significados del género?, ¿cuáles son las historias de los usos de las categorías de diferencia (racial, sexual, religiosa, étnica, nacional...) que los historiadores toman como caracterizaciones auto-evidentes de la gente en el pasado? Estas preguntas, interrogantes incansables de conocimientos y acercamientos aceptados, son los signos de un deseo crítico feminista activo y orientado al futuro.⁵⁰

Si nuestra relación con nuestra disciplina es como una especie de tábano crítico, también lo es para nuestros colegas en otras disciplinas y en las nuevas áreas de estudio de la disciplina. Somos nosotras las que introducimos la diferencia de tiempo en las categorías empleadas por los estudios *queer*, poscoloniales, transnacionales y globales. Las afiliaciones estratégicas no carecen de sus dimensiones críticas; las historiadoras feministas se especializan en la dimensión temporal. Somos relativistas cuando se trata de los significados, sabemos que varían a través del tiempo. Eso nos convierte en críticos particularmente buenos de lo cultural. Podemos historiar las verdades fundamentales del presente y exponer el tipo de inversiones que las impele, de esta manera usamos el pasado no como el precursor de lo que es (típicamente la tarea de la historia oficial), sino como su contraste. Aquí somos agentes dobles: practicamos la

⁵⁰ Véase Ellen Rooney, "Discipline and Vanish: Feminism, the Resistance to Theory, and the Polines of Cultural Studies," en *Differences*, vol. 2, núm. 3, otoño, de 1990, pp. 14-28.

historia para profundizar y agudizar las críticas a nuevos estudios opuestos, al mismo tiempo que repudiamos astutamente el hincapié disciplinario en la continuidad y la unidireccionalidad de la causalidad (pasado a presente). Hay un gran futuro para los agentes dobles de este tipo y cierta emoción en el trabajo. Es desestabilizador tanto para aquellos con quienes nos relacionamos y para con nosotras mismas. No hay peligro de que nuestra identidad se convierta en algo fijo, o que nuestro trabajo se vuelva complaciente; siempre hay que tomar nuevas decisiones estratégicas. Con seguridad hay riesgos involucrados cuando se-reta a las ortodoxias (de derechas e izquierdas). Pero éstos son los riesgos que han caracterizado a la historia del feminismo desde el principio, la fuente tanto de placer y peligro, la garantía de una puerta hacia el futuro. Robyn Wiegman llama a sus nuevas series de estudios feministas en las publicaciones de la Universidad de Duke, “la próxima ola” sugiriendo que la historia del feminismo no tiene fin - la apasionada persecución de lo aún no conocido.⁵¹

VI

“Ah, el futuro...” -es peligroso sólo si negamos la agencia feminista. Las feministas no únicamente son sujetos políticos, también son sujetos que desean y, como tales, sujetos que hacen historia. Esta noción de agencia está impulsada por una búsqueda de lo que no podemos a final de cuentas conocer -por el deseo-, no es mía ni tampoco es nueva. En 1983 Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson coordinaron un libro de ensayos titulado *The Powers of Desire: The Politics of Sexuality*.⁵² Su principal argumento era que las mujeres no son solamente seres políticos sino también sexuales y que el estudio de la sexualidad -desde muchas perspectivas-

⁵¹ Robyn Weigmna, "What Ails Feminist Criticism?: A Second Opinión", *Critical Inquiry*, vol. 25, núm. 2, invierno, 1999; y "Feminism, Institutionalism, and the Idiom of Failure". *Differences*, vol. 11, núm. 3, otoño de 1999/2000, pp. 107-136

⁵² Ann Snitow et al., *The Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, Nueva York, Monthly Review Press, 1983

abría “un campo para jugar, para experimentar...”. También asociaron los estudios feministas con el deseo; y éste apuntando hacia un horizonte distante, donde “podamos ver lo que viene hacia nosotras,” “es siempre renovado”. Extendí este argumento más allá del tema del sexo y la sexualidad para caracterizar a la agencia feminista misma. Nuestra agencia (nuestro deseo) es crítica, el deshacer la sabiduría convencional de manera constante; el exponer sus límites para lograr completamente sus metas de igualdad. Nos lleva a lugares no previstos. Nunca sabemos lo que después llamará nuestra atención o provocará nuestra ira. La crítica/el deseo no nos proporciona un mapa, es más bien un parámetro contra el cual comparamos las insatisfacciones del presente. Su camino sólo puede ser visto en retrospectiva, pero su movimiento no se puede negar.⁵³ El estudio histórico es una forma particularmente efectiva de la crítica feminista.

Las antiguas representaciones de Clío nos la muestran algunas veces con una trompeta y una clepsidra (un reloj de agua); tal vez anunciando el paso del tiempo. El tiempo concebido como flujo (una representación particularmente femenina), no fácilmente contenido. También se le muestra con instrumentos de escritura, libros y rollos de pergamino, referencias al hecho de que fue ella quien dio el alfabeto fenicio a los griegos. Si Clío ofreció los instrumentos para la producción del conocimiento, nuestra tarea (como mortales) es utilizarlos. No somos dioses y por tanto no podemos, como ella, contar “cuentos verdaderos que todo lo abarcan”, así que somos llevados por nuestra facultad crítica (inspirada y motivada por Clío) a revisar siempre, a tratar siempre de alargar la mano más allá de nuestro alcance en busca de nuevo conocimiento, nuevas historias que contar.

Ya que Clío fue desde el principio nuestra inspiración, es importante conocer algunas cosas sobre ella que no son bien conocidas. Las musas no tenían un hogar

⁵³ Brown and Halley, *op. cit.*, p. 33

permanente: bailaban en el monte Olimpo; el monte Helicón era también su guarida. Y no se sentaban o caminaban, volaban: "...a donde vayan pueden ir volando; ya que de tal manera viajan usualmente las diosas, como el rey Píreo de Daulis, quien trató de violarlas, lo supo demasiado tarde ya que pereció cuando brincó del pináculo de una torre al tratar de seguir a las musas voladoras que se escapaban de él"⁵⁴ Aquellos que vuelan escapan a los peligros de la dominación, los poderes tiránicos de la ortodoxia. El vuelo es también un camino positivo, una subida vertiginosa; traza el camino del deseo. Cuando se deja atrás la melancolía, ese camino se abre para nosotras.

Y la pasión regresa al tiempo que se apresta para su última persecución de lo que aún no ha sido pensado.

⁵⁴ <http://homepage.mac.com/cparada/GMLyMUSES.html> (consultado el 13 de noviembre del 2002).